Libros del Asteroide

Maxim Ósipov

Después de Eternidad

Traducción de Alejandro Ariel González

Libros del Asteroide

Después de Eternidad

Apuntes de un director literario

Tengo una memoria fatal para las caras; me cuesta recordar a los pacientes. Tras una primera visita, casi nunca me acuerdo de ellos, sobre todo si vienen a hacerse una revisión rutinaria o, peor aún, si lo que quieren es pedirme algún certificado: un permiso para ir a un balneario, una solicitud de pensión. A estos últimos los rechazo sin piedad: si cedes una vez, se te junta una multitud a la puerta. La medicina es un asunto serio, no una ventanilla de atención al cliente. Y todas esas pensiones son pura corrupción. ¿Qué pasa, es que no saben a quién hay que sobornar? De todas formas, no es asunto mío.

Sin embargo, Alexandr Ivánovich Ívlev, el autor de los apuntes que leerán a continuación, me causó una honda impresión y no lo mandé a paseo. Se acercó a mí en el pasillo y me trató de «doctor», o dijo mi nombre y patronímico, con una dignidad en su tono y en su actitud muy poco habitual en nuestros pagos. Lo hice pasar a la consulta.

Había algo especial en el aspecto de aquel hombre ya anciano, en su figura, en su porte y su modo de andar:

Libros del Asteroide

tenía algo de pájaro. Espalda recta; dedos finos y largos; ojos claros, casi incoloros, no acuosos sino más bien traslúcidos; nariz grande y afilada. Pero no, no había nada demoniaco en aquella mirada transparente; al contrario, había algo infantil, alegre, una disposición a la sonrisa, a una conversación amistosa sin ninguno de los aspavientos ni histerias tan habituales en los hospitales; mis colegas me entenderán. Y vestía bien, con buen gusto o, como supe después, con el gusto de un artista; pero no entraré aquí a recordar y describir qué ropa llevaba cada quien.

Lo hice sentar delante de mí y hojeé unos papeles:

—¿Cómo está usted, Alexandr Ivánovich?

—Como corresponde a alguien de mi edad y mi clase social.

¡Esa sí que es una respuesta!

En otro tiempo había sido director literario en un teatro. En esta ciudad («gracias a Dios», como dijo él) no tenemos teatro, y Alexandr Ivánovich ya hacía mucho que se había jubilado. Recurría a mí obligado por un triste motivo: tramitar los documentos para ingresar en una residencia de discapacitados y ancianos.

—De veteranos. A nosotros nos gusta llamarnos veteranos. Nadie sabe de qué exactamente. Disculpe que lo distraiga.

¿Qué clase de contraindicaciones puede haber para lo que, se llame como se llame, no es más que un geriátrico? Era cuestión de firmar, estampar el sello y dejarlo ir. Sin embargo, decidí examinarlo antes, hacer algo amable por aquel hombre tan agradable. ¿Y qué es lo más amable que puede hacer un médico? Una revisión.

La enfermera lo ayudó a subirse a la camilla y solo entonces noté que le costaba realizar esfuerzos físicos.

Libros del Asteroide

Revelaré un secreto: es propio de nuestra profesión experimentar cierto entusiasmo, casi un sentimiento de alegría, cuando nos topamos con una enfermedad grave y poco frecuente, sobre todo si somos los primeros en diagnosticarla, si es curable o si no guarda relación directa con nuestra especialidad; esto nos da la oportunidad de mostrar capacidad de observación, amplitud de miras. En el caso del pobre Alexandr Ivánovich, sin embargo, no sentí entusiasmo. No porque estuviera sano (en absoluto), sino porque, en nuestro breve intercambio, el anciano me había caído bien. Y diagnosticar una enfermedad, aunque tenga cura, a alguien a quien se aprecia… no, eso no causa placer alguno. Además, ¿cómo se las iba a apañar un jubilado solitario con nuestro llamado sistema asistencial altamente tecnológico? Porque desde luego no era una vida familiar feliz y una existencia próspera la que le había llevado a solicitar plaza en una residencia de ancianos, a los que tan tiernamente llamaba veteranos.

La parte médica de la historia, desde luego, la omitiré.

—Si hay que operar, que me operen. —Alexandr Ivánovich encajó la noticia de su diagnóstico con una serenidad poco habitual—. En su opinión, ¿cuánto me queda de vida si no me opero?

Un año, dije. Un año. En el mejor de los casos. Y no sería un buen año. El aire es más necesario que la comida y el agua.

Sé persuadir a la gente; algunos me consideran incluso un déspota. Una definición demasiado fuerte, pues todo depende de los motivos, ¿no es verdad? Pero a Alexandr Ivánovich no fue difícil persuadirlo. Haga lo siguiente,

Libros del Asteroide

le dije: debe viajar a Moscú (aquí tiene la dirección), llamar previamente (le dejaré el teléfono), ser valorado por el cirujano que lo operará, después volver a la provincia, tramitar la cobertura médica y, si no se la otorgan, llamarme de inmediato, aquí está mi número, lo he anotado en el diagnóstico.

—Cuando tramite la cobertura médica no se olvide de incluir la palabra «fiscalía», ¿de acuerdo? —Asintió inseguro con la cabeza—. Después, dentro de quince días o un mes, dos a lo sumo, lo llamarán de Moscú, y después, cuando lo hayan operado, venga otra vez a verme.

El procedimiento, digámoslo con franqueza, no siempre funcionaba bien, sobre todo con los ancianos, pero habíamos tenido alguna experiencia exitosa y había que intentarlo. La despedida fue deslucida: creo que ni siquiera le di la mano; ya me estaba esperando el siguiente paciente.

Por la noche, mientras recogía, encontré un cuaderno envuelto en celofán. Era de él, de Alexandr Ivánovich. Algo personal. ¿Qué debía hacer, llamarlo? La enfermera me dijo: ni siquiera tiene teléfono, ni fijo ni móvil. Bueno, no importa: ya se acordará y vendrá a buscarlo. Guardé el cuaderno en el cajón del escritorio, donde tengo un caos de cosas.

Puede que ahora esté revistiendo mis impresiones sobre los modales y el aspecto de Alexandr Ivánovich con lo que supe a través de su —llámese como se quiera— novela, notas; puede que esté completando las cosas, dándoles más cuerpo, pero entonces era un paciente como

Libros del Asteroide

cualquier otro. Un paciente agradable. Lo nuestro es curar enfermedades, cobrar a fin de mes, ocuparnos de nuestra familia; no idealicemos nuestra profesión: sí, es buena, quizá la mejor, pero no deja de ser una profesión, con sus límites. En la vida de los pacientes debemos desempeñar el papel menos relevante posible. De todas formas, dos semanas después, me acordé de él. ¿Qué será de Alexandr Ivánovich? ¿Lo habrán atendido? ¿Lo habrán operado? Llamé a Moscú para preguntar cómo estaba nuestro viejito. No, no había llegado hasta ellos. O quizá sí y no les había causado ninguna impresión, ni por la gravedad de su estado ni por su personalidad pintoresca. «¿Un viejito desaliñado?» No, para nada, bien conservado. Y tampoco es tan viejo. «Vino alguien enviado por usted. Una mujer.» No guardaban ningún registro, ninguna nota. Es cierto, también derivé a una mujer. Debería preguntar también por ella. «De acuerdo —me respondieron—, mándenos a su viejito.»

Llamar a la oficina regional es inútil y, además, desagradable. Le pedí a la enfermera que lo hiciera. «No podemos ayudarlo», dijeron como era de esperar. Alexandr Ivánovich no había ingresado en la residencia de ancianos; el servicio de emergencias no había recibido ninguna llamada; por nuestra morgue tampoco había pasado.

De acuerdo: no tenía teléfono pero sí dirección. Nuestra ciudad es pequeña. Aunque sea algo extravagante presentarse en casa de los pacientes sin avisar, fui a verlo.

Libros del Asteroide

No era una casa para él solo, sino media. En la puerta había un hombre. Un tipo normal y corriente, sin ningún rasgo destacable. Le digo algo rápido, no muy inteligible, pero con vehemencia y seguridad. La gente nunca escucha lo que dices, lo importante es el tono.

—Un momento. Le preguntaré a *ma*.

A estas alturas ya domino la jerga local: *ma* es la esposa.

Empujo la puerta que da a la mitad de Alexandr Ivánovich. Extrañamente, no está cerrada. Por lo que parece, los vecinos ya han empezado a usar su parte. Decir que vive (vivía) modestamente es no decir nada. Ahora muchos lo pasan mal. Pero en nuestra ciudad todavía es posible apañárselas: el nivel de vida es bajo, esto es la provincia.

Viene la esposa; ahora son dos y se nota que están algo entonados. Los dos son gordos, van desaseados, huelen mal. Explico para qué he venido. No, no pueden ayudarme.

—¿Y esas conservas? ¿Son de él? ¿De Alexandr Ivánovich?

—Son nuestras —responde la esposa—. Ahora las quitamos.

Dicen que su vecino se ha marchado.

—¿Adónde? ¿Cuándo?

—No creo que el hombre tenga la obligación de informarnos.

Típico: a pesar de su falta de reparos para irrumpir en una casa ajena, esa parejita, evidentemente, era de las que considera casi una ofensa prestar la menor atención al prójimo. El sostén del régimen. Dicho sea de paso.

A la noche se me ocurrió: ¿y si habían matado a mi Alexandr Ivánovich? ¿Y por qué no? El aspecto de ese

Libros del Asteroide

gordinflón y de su *ma* era así, de lo más diligente. Y su apellido encajaba bien: Krútov, es decir, recio, duro. Lo mataron, escondieron el cadáver o lo enterraron en alguna parte, y ahora utilizan su habitación. Cada vez hay menos personas estrafalarias, excéntricas, y no solo en Moscú, también aquí. Cuando yo era joven había muchas más. ¿Dónde se habrán metido? Pues ya sé dónde: sucumbieron en la lucha por la existencia.

Compartí mis pensamientos con el jefe de la policía local.

—¿Los Krútov? No —dice—, no creo. Ya no estamos en los noventa.

Una lógica extraña.

—Pero, si es necesario —dijo—, lo averiguaremos. —Y añadió—: Los apretaremos.

—Pero siempre dentro de la ley.

Se ofendió:

—¿Cuándo lo hemos hecho de otro modo?

Bueno, usted sabrá.

Entonces me acordé del cuaderno. Leí algunas páginas. Si ustedes también las hubieran leído, seguramente comprenderían mejor la tenacidad de mi búsqueda.

No fui a ver a Makéiev en persona (sabrán de Vladilén Makéiev, un escritor local, por el contenido de las notas); le pedí a mi vecina pintora que lo hiciera, una mujer de irreprochable etnia rusa. Como es natural, Makéiev tampoco ayudó.

Transcurrieron varios meses de espera y de búsquedas aleatorias, con llamadas a todo tipo de instituciones de-

Libros del Asteroide

sagradables: regionales, moscovitas, federales… ¿Adónde no llamé? Cada vez quedaba más claro que Alexandr Ivánovich no estaba entre los vivos.

Antes de que lean las notas, diré unas palabras sobre el bombardeo de la ciudad, que fue —¿cómo se dice: ejecutado, llevado a cabo?— por el comandante en jefe de las Fuerzas Armadas. No he logrado encontrar una confirmación directa del ataque aéreo sobre Eternidad, el suceso que narra Alexandr Ivánovich, pero sí me he topado con informes sobre el bombardeo de la Casa de la Cultura en un pueblo similar. Se llamaba Río Muerto o Valle del Río Muerto, en traducción del nénets, y también estaba situado en el Extremo Norte.

Un par de citas: «La Casa de la Cultura de un asentamiento abandonado fue bombardeada por la aviación estratégica —informan las agencias de noticias—. Un grupo de bombarderos realizó pruebas de un nuevo misil de largo alcance contra un objetivo situado en el asentamiento. A bordo de uno de los aviones iba el comandante en jefe…», etcétera.

No hace falta buscar mucho para encontrar los detalles: «El gobernador del distrito se hallaba en el lugar de las pruebas en el momento del lanzamiento. Según su testimonio, el primer misil pasó ligeramente por encima del objetivo, pero los siguientes atravesaron el edificio de lado a lado. “El presidente nos dio el aviso veinte minutos antes”, dice sonriendo nuestro interlocutor. “Hemos encontrado trozos de los misiles aún calientes. Una tecnología asombrosa y una puntería sorprendente”, constató».

Libros del Asteroide

En internet hay un vídeo sobre el acontecimiento. El despegue desde el aeródromo militar, el abastecimiento de combustible en el aire, el lanzamiento de los misiles, el vuelo de regreso. «El comandante en jefe, a juzgar por la expresión de su rostro, quedó satisfecho», dice una voz en off.

—Como un documental de animales —dijo con tono ofendido mi enfermera cuando le enseñé el vídeo.

Repito: no he hallado confirmaciones directas de lo que describe Alexandr Ivánovich. Pero las pruebas de misiles se realizan y seguirán realizándose. Y en el mapa hay asentamientos con el nombre Eternidad. Y no solo Eternidad: también Felicidad, Lealtad, Valentía.

En los lectores surgirán inevitablemente las preguntas. ¿Podía ser gobernador de un distrito un hombre que había cometido un asesinato? O: ¿de dónde procede el verso sobre el puente Mirabeau y el río Oká? Respondo: no conozco bien ni el procedimiento actual para designar a los cargos oficiales ni la poesía contemporánea; sin embargo, dudo que Alexandr Ivánovich confundiera o inventara las cosas.

A mí también me rondan algunas preguntas. ¿Debería haberlo ingresado aquí? Pero si se hospitaliza a alguien no por razones médicas sino humanitarias, por simpatía personal, ¿en qué acabaría eso? Nosotros no hacemos cirugías mayores, y no había otra forma de ayudarlo. Además, ¿por qué quiso que fuera yo, precisamente, quien se quedara el cuaderno? ¿Lo había perdido, lo había olvidado? A juzgar por los numerosos

Libros del Asteroide

añadidos y correcciones, Alexandr Ivánovich apreciaba sus anotaciones. ¿Qué sabía de mí? ¿De qué intentaba advertirme? ¿De los peligros del teatro? Pero si ya me mantengo alejado de él.

Desde la desaparición del autor ha transcurrido un año. Yo le di justamente un año de vida, a lo sumo, y no pude haberme equivocado en el diagnóstico. Según contempla la ley, si no la he interpretado mal, Alexandr Ivánovich ya puede ser declarado como persona desaparecida, y ya puedo publicar su historia. Si, a pesar de todos los indicios, está vivo, seguramente no se enfadará: los hombres rara vez escriben notas «para sí mismos», y, además, el estilo narrativo de Alexandr Ivánovich ya presupone a un lector. Yo solo he añadido los títulos de los capítulos, que no estaban en el manuscrito.

Esta es mi fantasía: ¿y si a Alexandr Ivánovich se sometió a la operación y vive, sano y salvo, en Alemania, por ejemplo, o en los mismos Estados Unidos? Pues bien, a lo mejor esta publicación llama su atención. Eso sería maravilloso en sí mismo y le daría la oportunidad de recoger los frutos de la fama (de «hacer ruido», según la repugnante expresión de Makéiev). Le trasladaría con gusto los honorarios. A fin de cuentas, mis prólogos y epílogos dejarían de ser necesarios.

No me he molestado en cambiar los nombres.

Tarusa, junio de 2015

Libros del Asteroide